

LA MALQUERIDA

Jacinto Benavente

(Versión de Myrna Casas)

Raimunda
Juliana
Acacia
Esteban
Norberto

Rubio
Milagros
Mozos
Mozas

I ACTO

Casa en el "Soto", hogar de unos labradores ricos. Hay fiesta. Norberto aparece en escena, solo, a manera de introducción; canta la copla y luego se dirige al público. Las figuras de la fiesta no se mueven al principio.

NORBERTO: El que quiera a la del Soto
tiene pena de la vida
Por quererla quien la quiere
Le dicen la Malquerida.
Canto una historia de amores
casas ya del olvido
Amor perdido en el tiempo
que el alma guarda dormido.

El Soto, esta casa, que recuerdo siempre y cuantos recuerdos.
Mi tía Raimunda con su ternura, su generosidad, su manera
de siempre resolverlo todo. La Juliana, alegre chacharera,
siempre dispuesta a regalarme una colosina y ella, Acacia -
tan callada. Todavía me duele recordarla. Era un día de
fiesta. Para todos menos para mí. Sí, era un día de fiesta
en el Soto. (SALE CANTANDO LA COPLA MUY DAJITO.)

APARECE NORBERTO CANTANDO COPLA. CANTA LA BALADA.

HABLA AL PÚBLICO - VA ILUMINÁNDOSE

RAIMUNDA - con grupo en

JULIANA - con bandeja - sirve y

ACACIA - baja hacia arriba o baja

SALE NORBERTO

FIESTA ALGARABÍA - canto y baile

RAIMUNDA SUBE A SALA, MILAGROS EN VENTANA. YA JULIANA VA
DE VUELTA A ARRIBA.

RAIMUNDA: Milagros, anda abajo con Acacia y los mozos que me da no se
que verte tan sola. Anda diviértete.

MILAGROS: Con el permiso.

RAIMUNDA:

1306492
Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PP

- JULIANA: Pues a Acacia tampoco la veo como debía estar un día como el de hoy que han venido a pedirla.
- RAIMUNDA: Ya sabes como es.
- JULIANA: Demasiado consentida. Tuviste la desgracia de perder los tres chicos y quedó ella sola. Su padre, pajaritas del aire que le pidiera la muchacha y tú dos cuartos de lo mismo. Cuando murió su padre, esté en la gloria, la chica estaba encelada contigo. Te volviste a casar y le sentó muy mal. Esa siempre ha tenido pelusa.
- RAIMUNDA: Calla, calla. ¿Qué iba yo a hacer? Si no entran unos pantalones aquí a poner orden pidiendo limosna andaríamos mi hija y yo a estas horas - y tú también con nosotras.
- JULIA: Ah, también yo. Si así lo quisieras tú. ¡Ay! Una mujer sola no es nada en el mundo.
- RAIMUNDA: No sé que esta hija mía pueda tener pelusa de nadie. Esteban la quiere tanto como la quiero yo.
- JULIANA: A mí no hay quien me quite de la cabeza que Acacia a quien quiere es a su primo.
- REIMUNDA: ¿A Norberto? Pues bien plantado lo dejó de la noche a la mañana.
- JULIANA: Pues el Norberto todavía se acuerda de ella. Esta mañana, cuando se dijo que el novio venía con su padre a pedirla, cogió bien temprano y se fue campo adentro.
- RAIMUNDA: Juliana, Juliana, que te gusta inventar...
- JULIANA: No, yo solo digo lo que dice la gente.
- RAIMUNDA: La gente. Más te vale no prestar oído a habladurías.
- JULIANA: Habladurías no...
- RAIMUNDA: (LE INTERRUMPE.) Basta. Tu sabes que ni Esteban ni yo le aconsejarnos. Ella dejó a Norberto y luego aceptó a Faustino. Es buen muchacho y su padre ha sido siempre muy amigo de Esteban - muy unidos en casas de política y de elecciones.
- JULIANA: Ya, ya el tío Eusebio tiene más tierras que nadie por estos alrededores y aunque sean cuatro hermanos, Faustino tendrá su buena parte.
- RAIMUNDA: Bueno mi hija tampoco va descalza que Esteban a mirado por esta hacienda como lo hubiese hecho su padre.
- (ENTRAN MILAGROS Y ACACIA.)
- ACACIA: Madre, mire usted lo que Faustino me ha regalado al despedirse.
- RAIMUNDA: A ver.
- MILAGROS: Es un escapulario. Bordado en lentejuelas y de la Virgen del Carmen.
- RAIMUNDA: Poca devoción que le tiene.
- JULIANA: Ya, ya le rezará. Es muy bonito.
- ACACIA: Le he pedido a Milagros que se quede a cenar con nosotros. Su madre le ha dado permiso.

RAIMUNDA: Muy bien. Luego le acompañarán de aquí los criados y Juliana y si es necesario también Esteban.

MILAGROS: Gracias.

ESTEBAN: (ENTRA Y VA A LA SALA.) Raimunda, Raimunda, ven mujer, el tío Eusebio y Faustino se despiden. También se van los mozos.

RAIMUNDA: Vamos. Acacia, vienes.

ACACIA: Ya nos hemos despedido.

(JULIANA SALA.)

ESTEBAN: Yo acompañaré al tío y a Faustino.

RAIMUNDA: Pero el camino del Encinar está muy oscuro.

ESTEBAN: Solo hasta el arroyo mujer. No me esperen a cenar.

RAIMUNDA: Sí que te esperamos. No debemos cenar solas hoy. Ya Milagros le da lo mismo cenar un poco más tarde.

MILAGROS: Si señora, lo mismo.

ACACIA: Madre,

RAIMUNDA: ¿Qué quieres hija?

ACACIA: me da usted la llave de la cómoda, que quiero enseñarle a Milagros unas cosas.

RAIMUNDA: Ahí la tienes. Vamos que ya oscurece.

(SALEN ESTEBAN Y RAIMUNDA.)

ACACIA: (ABRE LA COMODA Y SACA UNAS COSAS DE LA COMODA.) Mira estos pendientes, me los regaló... Bueno, Esteban... Ahora no está mi madre: mi madre quiere que le llame padre siempre.

MILAGROS: Y él bien te quiere.

ACACIA: Eso sí, pero padre y madre no hay más que unos. Estos pañuelos también me los trajo él de Toledo. Estas son tarjetas postales, mira que preciosas.

MILAGROS: ¡Qué señoras tan guapetonas!

ACACIA: Son comicas de Madrid y de París de Francia... Mira estos niños qué ricos... Esta caja me la trajo él también llena de dulces.

MILAGROS: Luego dirás...

ACACIA: Si no digo nada. Si yo bien veo que me quieres; pero yo hubiera querido mejor estar yo sola con mi madre.

MILAGROS: Tu madre no te ha querido menos por eso.

ACACIA: ¡Qué sé yo! Está muy ciega por él. No sé yo si tuviera que elegir entre mí y ese hombre...

MILAGROS: ¡Qué cosas dices! Ya ves, tú ahora te casas, y si tu madre hubiera seguido viuda, bien sola dejabas.

ACACIA: Pero ¿tú crees que yo me hubiera casado si yo hubiera estado sola con mi madre?

MILAGROS: ¡Anda! ¿No te habías de casar? Lo mismo que ahora.

ACACIA: No lo creas. ¿Dónde iba a estar yo mejor que con mi madre en esta casa?

- MILAGROS: Pues no tienes razón. Todos dicen que tu padrastro ha sido muy bueno para ti y con tu madre. Si no hubiera sido así, ya tú ves, con lo que se habla en los pueblos...
- ACACIA: Sí ha sido bueno; no diré yo otra cosa. Pero no me hubiera casado si mi madre no vuelve a casarse.
- MILAGROS: ¿Sabes lo que te digo?
- ACACIA: ¿Qué?
- MILAGROS: Que no están mal los que dicen que tú no quieres a Faustino, que al que tú quieres es a Norberto.
- ACACIA: No es verdad. ¡Qué voy a quererle! Después lo que me hizo.
- MILAGROS: Pero si todos dicen que fuiste tú quien lo dejó.
- ACACIA: ¡Que fui yo, que fui yo! Si él no hubiera dado motivo... En fin, no quiero hablar de esto... Pero no dicen bien; quiero más a Faustino que le he querido a él.
- MILAGROS: Así debe ser. De otro modo mal harías en casarte. ¿Te han dicho que Norberto se fué del pueblo esta mañana? No ha querido estar aquí el día de hoy.
- ACACIA: ¡Sh! ¡Calla! No hablemos de eso.
(ENTRA RAIMUNDA.)
- RAIMUNDA: Mucho se han entretenido; salen de noche. ¿Qué dices hija? ¿Estás contenta?
- ACACIA: Ya lo ve usted.
- RAIMUNDA: ¡Ya lo ve usted! Pues eso quisiera yo: verlo... ¡Cualquiera sabe contigo!
- ACACIA: Lo que estoy es cansada.
- RAIMUNDA: ¡Es que hemos llevado un día! Desde las cinco estamos en pie en esta casa.
- MILAGROS: Y que no habrá faltado nadie en darte el parabién.
- RAIMUNDA: Pues todo el pueblo, puede decirse, ¿Están ahí las cerillas?
- ACACIA: Aquí están.
- RAIMUNDA: Pues enciende esa luz, hija; que da tristeza esta oscuridad. (LLANANDO.) ¡Juliana, Juliana! ¡Dónde andará ésa?
- JULIANA: (DENTRO.) ¿Qué?
- RAIMUNDA: Acá. Ven acá.
- JULIANA: (DENTRO Y COMO DESDE ABAJO.) De seguida.
(ENTRA JULIANA.)
- RAIMUNDA: Recoge todo eso; lo friegas muy bien, lo pones en el chinero; y cuidado con esas copas, que es cristal fino.
- JULIANA: ¿Me puedo comer un bizcocho?
- RAIMUNDA: Pues sí que la hija de mi madre ha disfrutado de nada. En sacar vino y hojuelas para todos se me ha ido el día, con el sinfín de gente que aquí ha habido. Hoy, hoy se ha visto lo que es esta

casa para todos y también la del tío Eusebio, sin despreciar. Y ya se verá el día de la boda. Día grande ha de ser. ¡Bendito sea Dios!, de mucha alegría y de mucho llanto también; yo la primera, que, no diré yo como tu madre, porque con una madre no hay comparación de nada. Y que lo que es para mí esta casa, el pensar en la moza que se me murió, hija de mi vida!, que era así como eres tú ahora...

RAIMUNDA: ¡Vaya, Juliana; no nos encojas el corazón tú también, que ya tenemos bastante cada uno con lo nuestro.

JULIANA: No permita Dios de afligir yo a nadie... Pero estos días así no sé qué tienen que todo se agolpa, bueno y malo, y quiere una alegrarse y se pone más entristecida. Y su padre de ella, esté en gloria. ¡Válganos Dios! ¡Si la hubiera visto este día! Esta hija, que era para él la gloria del mundo.

RAIMUNDA: ¿No callarás la boca?

JULIANA: ¡No me riñas, Raimunda! Que es como si castigaras a un perro fiel, que ya sabes que eso he sido yo siempre para esta casa y para tí y para tu hija; como un perro leal, con la ley de Dios el pan que he comido siempre de esta casa, con la honra del mundo como todos lo saben... (SALE.)

RAIMUNDA: ¡Qué Juliana!... Y dice bien: que ha sido siempre como un perro de leal y de fiel para esta casa. Bueno voy a dar una vuelta a la cena.

MILAGROS: Acacia, sé que no quieres que te hable de Norberto. Pero, por algo se fue lejos esta mañana. Cuando no ha querido estar aquí...

ACACIA: ¿Qué más tiene para él este día que cualquier otro? Mira, esta es la última carta que me escribió, después que terminamos. No sé para que la guardo. Ahora mismo voy a hacerla pedazos. (LA ROMPE.) ¡Ea!

MILAGROS: ¡Mujer, con qué rabia!...

ACACIA: Para lo que dice..., y quemó los pedazos...

MILAGROS: ¡Cuidado, no se inflame la lámpara!

ACACIA: (ABRE LA VENTANA.) Y ahora a la calle, al viento. ¡Acabado y bien acabado está todo!... ¡Qué oscuridad de noche!

MILAGROS: (ASOMÁNDOSE TAMBIÉN A LA VENTANA.) Sí que está miedoso; sin luna y sin estrellas...

ACACIA: ¿Has oído?

MILAGROS: Habrá sido una puerta que habrán cerrado de golpe.

ACACIA: Ha sanado como un tiro.

MILAGROS: ¡Qué mujer! ¿Un tiro a estas horas? Si no es que avisan de algún fuego, y no se ve resplandor de ninguna parte.

ACACIA: ¿Querrás creerme que estoy asustada?

MILAGROS: ¡Qué mujer!

ACACIA: (CORRIENDO DE PRONTO HACIA LA PUERTA.) ¡Madre, madre!

RAIMUNDA: ¡Dime hija!

ACACIA: ¿No ha oído usted nada?

RAIMUNDA: Sí, hija; ya he mandado a los criados a enterarse... No tengas miedo.

ACACIA: ¡Ay madre!

RAIMUNDA: ¡Calla, hija! Ya voy.

ACACIA: Ha sido un tiro lo que ha sonado, ha sido un tiro.

MILAGROS: Aunque así sea; nada malo habrá pasado.

ACACIA: ¡Dios lo haga!

(ENTRA RAIMUNDA.)

RAIMUNDA: ¿Te has asustado, hija? No habrá sido nada.

ACACIA: También usted está asustada, madre.

RAIMUNDA: De verte a tí... Al pronto, pues como está tu padre fuera de casa, sí me he sobresaltado. Pero no hay razón para ello. Nada malo puede haber pasado... ¡Calla! ¡Escucha! ¿Quién habla afuera?

ACACIA: ¡Ay madre, madre!

MILAGROS: ¿Qué dicen, qué dicen?

RAIMUNDA: No vayas tú, que ya voy yo.

ACACIA: No.

RAIMUNDA: ¡Ay Esteban de mi vida y que no le haya pasado nada malo! (SALE.)

ACACIA: Algo malo ha sido, algo malo ha sido.. ¿Qué crees tú que ha sido?

MILAGROS: No sé, no sé.

ACACIA: ¡Madre... ¡Madre..., madre!... Pero ¿qué ha pasado?, ¿qué ha pasado?

RAIMUNDA: ¡Hija de mi vida! ¡Faustino...!

ACACIA: ¿Qué?

RAIMUNDA: Lo han matado de un tiro a la salida del Soto.

ACACIA: ¿Pero, quién ha sido, quién ha sido?

RAIMUNDA: No se sabe..., no han visto a nadie... Pero todos dicen que ha sido Norberto; para que sea mayor nuestra desgracia. Aquí está tu padre. (ENTRA ESTEBAN.) ¡Esteban de mi vida! ¿Cómo ha sido? ¿Qué sabes tú?

ESTEBAN: ¡Qué tengo de saber! Lo que todos... No me salgan de aquí, no tienes que hacer nada fuera del Soto. Yo me vuelvo para allá, que a todos han de tomarnos declaración. (SALE ESTEBAN.)

RAIMUNDA: Acacia, no estés así mejor, que me asustas más que si te viera llorar y gritar.

(ACACIA SALE.)

RAIMUNDA: Ve con ella, Milagros.

(MILAGROS SALE.)

RAIMUNDA QUEDA SOLA MIENTRAS VAN APAGÁNDOSE LAS LUCES. SALE. SE OYE LA COPLA TRUY LEJANA. LUEGO POCO A POCO VA SUBIENDO LA LUZ Y APARECE JULIANA CON MANTEL Y BANDEJA. APAGA LA LUZ DEL QUINQUE Y DESPUES VA A PONER LA MESA.

ENTRA ESTEBAN, SE SIENTA Y COMIENZA A COMER. ACACIA ENTRA Y SE SIENTA A COSER. INMEDIATAMENTE ENTRA RAIMUNDA Y CRUZA HACIA ESTEBAN.

RAIMUNDA: ¿No está a tu gusto?

ESTEBAN: Sí, mujer.

RAIMUNDA: No has comido nada. ¿Quieres que se prepare alguna otra cosa?

ESTEBAN: Déjate, mujer; si he comido bastante.

RAIMUNDA: Tú has tenido algún disgusto.

ESTEBAN: ¡Qué, mujer!

RAIMUNDA: ¡Te conoceré yo! Como que no has debido ir al pueblo. Habrás oído allí a unos y a otros. ¿Qué tenías que hacer allí?

ESTEBAN: Tenía... que hablar con Norberto y con su padre.

RAIMUNDA: Bueno está; pero les hubieras mandado llamar y que hubieran acudido ellos. Podías haberte ahorrado el viaje y el oír a las demás gentes, que bien sé yo las habladurías de unos y de otros que andarán por el pueblo.

JULIANA: Como que no sirve el estarse aquí, sin querer ver ni entender a ninguno, que como el Soto es paso de todos estos lugares a la redonda, no va y viene uno que no se pare aquí a oliscar u cucharetear lo que a nadie le importa.

ESTEBAN: Y tú, que no dejarás de conversar con todos.

JULIANA: Pues no, señor, que está usted muy equivocado, que no he hablado con nadie, y a mí ya pueden venir a preguntarme, que de mi madre lo tengo aprendido, al que pregunta mucho, responderle poco.

RAIMUNDA: Mujer, calla la boca. Anda allá dentro. (SALE JULIANA.) ¿Y qué dicen por el pueblo?

ESTEBAN: Que el tío Eusebio y sus hijos han jurado matar a Norberto: que ellos no se conforman con que la justicia le haya soltado tan pronto. El pueblo anda dividido en dos bandos, y mientras unos dicen que el tío Eusebio tiene razón y que no ha podido ser otro que Norberto, los otros dicen que Norberto no ha sido, y que cuando la justicia le ha puesto en la calle es porque está bien probado que es inocente.

RAIMUNDA: No ha habido una declaración en contra suya; ni el padre mismo de Faustino, ni sus criados; ni tú, que ibas con ellos.

ESTEBAN: Encendiendo un cigarro íbamos el tío Eusebio y yo; por cierto que nos reíamos como dos tontos; porque yo quise presumir con mi encendedor y no daba lumbre, y entonces el tío Eusebio fué y tiró de su buen pedernal y su yesca y me iba diciendo muerto de risa: "Anda, enciende tú con eso para que presumas con esa maquinaria sacadineros, que yo con esto me apaño tan ricamente..." Y ése fué el mal, que con esta broma nos quedamos rezagados, y cuando sonó el disparo y quisimos acudir ya no podía verse a nadie.

(LA ACACIA SE LEVANTA DE PRONTO Y VA A SALIR.)

RAIMUNDA: ¿Dónde vas, hija, como asustada? ¡Sí que está una para sobresaltos!

ACACIA: Es que no saben ustedes hablar de otra cosa.

- ESTEBAN: En esto tiene razón... Yo por mí no hablaría nunca; es tu madre.
- ACACIA: Yo, antes no me asustaba nunca de estar sola ni a oscuras y ahora hasta de día da miedo...
- RAIMUNDA: No eres tú sola; yo no duermo ni descanso de día ni de noche. Y yo sí que nunca he sido asustadiza, y ahora todo me sobrecoge: los ruidos y el silencio... Y lo que son las cosas: mientras creíamos todos que podía haber sido Norberto, con ser de la familia y ser una desgracia y una vergüenza para todos, pues... ¡qué sé yo!, estaba tan conforme..., al fin y al cabo tenía su explicación. Pero ahora..., si no ha sido Norberto, ¿quién podía quererle mal? Es que ha sido por una venganza, algún enemigo de su padre, quién sabe si tuyo también..., quién sabe si no iba contra ti el golpe, como era de noche y estaba muy oscuro no se confundieron, y lo que no hicieron entonces lo harán otro día..., yo no vivo ni descanso, y cada vez que sales de casa y andas por esos caminos me entra un desasosiego... Hoy, como ya te tardabas, en poco estuvo de irme yo para el pueblo.
- ACACIA: Y al camino ha salido usted.
- RAIMUNDA: Es verdad; pero como te ví que ya llegabas y ví que venía el Rubio contigo, me volví corriendo para que no me riñeras. Bien sé que no es posible, pero yo quisiera ir ahora siempre donde tú fueras, no apartarme de ti por nada de este mundo; de otro modo no puedo estar tranquila, no es vida ésta.
- ESTEBAN: Yo no creo que nadie me quiera mal. Yo nunca hice mal a nadie. Yo bien descuidado voy donde quiera, de día como de noche.
- RAIMUNDA: Lo mismo me parecía a mí antes, que nadie podía querernos mal... Esta casa ha sido el amparo de mucha gente. Pero basta una mala voluntad, basta con una mala intención; ¡y qué sabemos nosotros si hay quien nos quiere mal sin nosotros saberlo! De donde ha venido este golpe puede venir otro. La justicia ha soltado a Norberto, porque no ha podido probarse que tuviera culpa ninguna... Y yo me alegro. ¿No tengo de alegrarme?, si es hijo de una hermana, la que yo más quería... Yo nunca pude creer que Norberto tuviera tan mala entraña para hacer una cosa como ésa: ¡asesinar a un hombre a traición! Pero ¿qué hace ahora la justicia? ¿Por qué no buscan, por qué no habla nadie? Porque alguien tiene que saber, alguno tiene que haber visto aquel día quién pasó por allí, quién rondaba por el camino... Cuando nada malo se trama, todos dan razón de quién va y quién viene; sin nadie preguntar, todo se sabe, y cuando más importa saber, nadie sabe, nadie ha visto nada...
- ESTEBAN: ¡Mujer! ¿Qué particular tiene que así sea? El que a nada malo va, no tiene por qué ocultarse; el que lleva una mala idea, ya mira de esconderse.
- RAIMUNDA: ¿Tú quién piensas que puede haber sido?
- ESTEBAN: ¿Yo? La verdad..., pensaba en Norberto, como todos; de no haber sido él, ya no me atrevo a pensar de nadie.
- RAIMUNDA: Pues mira: yo bien sé que vas a reñirme, pero ¿sabes lo que he determinado?
- ESTEBAN: Tú dirás...
- RAIMUNDA: Hablar yo con Norberto. He mandado a buscarlo. Pienso que no tardará en acudir.
- ACACIA: ¿Norberto? ¿Y qué quiere usted saber de él?
- ESTEBAN: Eso digo yo. ¿Qué crees tú que él puede decirte?

- RAIMUNDA: ¡Qué sé yo! Yo sé que él a mí no puede engañarme. Por la memoria de su madre he de pedirle que me diga la verdad de todo. Aunque él hubiera sido, ya sabe él que yo a nadie había de contarle. Es que yo no puedo vivir así, temblando siempre por todos nosotros.
- ESTEBAN: ¿Y tú crees que Norberto va a decirte a ti lo que haya sido, si ha sido él quien lo hizo?
- RAIMUNDA: Pero yo me quedaré satisfecha después de oírle.
- ESTEBAN: Allá tú, pero cree que todo ello sólo servirá para más habladurías si saben que ha venido a esta casa.
- RAIMUNDA: Tendremos cuidado.
(ENTRA JULIANA.)
- JULIANA: Señor amo...
- ESTEBAN: ¿Qué hay?
- JULIANA: El tío Eusebio ha mandado razón con el criado que quiere hablarle y que debe usted ir al Encinar. Vengo a acusarle por si no quiere usted verle... ¿qué le digo al criado?
- ESTEBAN: ¿Y quién te ha dicho a ti que yo no quiero ver al tío Eusebio?
- JULIANA: No vaya usted a achacármelo a mí también; que yo por mí no hablo. El Rubio ha sido quien me ha dicho y que usted no quería verle, porque está muy molesto porque usted no se ha puesto de su parte con la justicia y por eso han soltado a Norberto.
- ESTEBAN: Al Rubio ya le diré yo quién le manda meterse en explicaciones.
- JULIANA: Otras cosas también había usted de decirle, que está de algún tiempo a esta parte que nos quiere avasallar a todos. Hoy, Dios me perdona si le ofendo, pero me parece que ha bebido más de la cuenta.
- RAIMUNDA: Pues eso sí que no puede consentírsele. Me va a oír.
- ESTEBAN: Déjate, mujer. Ya le diré yo luego.
- RAIMUNDA: Sí que está la casa en república. Es que lo tengo visto, en cuantito que una se descuida... ¡Buen hato de holgazanes están todos ellos!
- JULIANA: No lo dirás por mí, Raimunda, que no quisiera oírte lo.
- RAIMUNDA: Lo digo por quien lo digo, y quien se pica ajos come.
- JULIANA: ¡Señor, señor!... ¡Quien ha visto esta casa! No parece sino que todos hemos pisado una mala yerba, a todos nos han cambiado; todos pagan unos con otros y todos conmigo... ¡Válgame Dios y me dé paciencia para llevarlo todo!
- RAIMUNDA: ¡Y a mí para aguantarlos !
- JULIANA: Bueno está. ¿A mí también? Tendré yo la culpa de todo.
- RAIMUNDA: Si me miraras a la cara sabrías cuándo habías de callar la boca.
- JULIANA: Bueno está. Ya me tienes callada como una muerta y ya me quito de delante. ¡Válgame Dios. Señor! No tendrás que decirme nada.
- ESTEBAN: Manda a decir que iré más tarde. (SALE JULIANA.)

ACACIA: Estas camisas ya están listas, madre. Las plancharé ahora.

ESTEBAN: ¿Has estado cosiendo para mí?

ACACIA: Ya lo ve usted.

RAIMUNDA: ¡Si ella no cose...! Yo estoy tan holgazana... ¡Bendito Dios!, no me conozco. Pero ella es trabajadora y se aplica. (ACACIA ROCIÁNDOLA AL PASAR PARA EL MUTIS.) ¿No querrá Dios que tengas suerte, hija? (SALE ACACIA.) ¡Lo que somos las madres! Con lo acobardada que estaba yo de pensar y que iba a casarme tan toza, y ahora... ¡qué no daría yo por verla casada!

RUBIO: Con licencia.

ESTEBAN: ¿Qué hay, Rubio?

RUBIO: No me mire usted así, mi amo, que no estoy borracho. Lo de esta mañana fue que salimos sin almorzar y me convidaron y bebí un poco más de la cuenta, me cayó mal y eso fue todo. Lo que siento es que usted se haya incomodado.

RAIMUNDA: ¡Ay me parece que tú no estás bien. Ya me lo había dicho Juliana.

RUBIO: Juliana es una enredadora. Eso quería decirle al amo.

ESTEBAN: Después me dirás lo que quieras.

RUBIO: Es una enredadora. Yo no he bebido tanto... Y el dinero se me cayó, era mío. Yo no soy ningún ladrón ni he robado a nadie. ¿Verdad, señor?

ESTEBAN: Anda ya, acuestate a dormir y no aparezcas por buen tiempo. No te das cuenta.

RUBIO: Demasiado que me doy cuenta. Está bien. No tiene usted que decirme más.

RAIMUNDA: Pero, ¿puede saberse que le ha pasado hoy al Rubio? ¿Es que ahora va a emborracharse todos los días? Nunca habías tenido esa faeta. Ahora no vayas a consentírsela.

ESTEBAN: Vamos, mujer, por eso mismo es que hoy se emborrachó, porque no tiene costumbre. Mientras yo andaba a unas cosas y otras en el pueblo, le convidaron a unos tragos. Tuve que sacarlo de una taberna. Le ragañé y lo mande a acostar. No ha dormido lo bastante. Eso es todo. No te preocupes. (VA A SALIR.)

RAIMUNDA: Esteban... No vayas al Encinar.

ESTEBAN: Descuida. No hay peligro. Iré mas tarde y no iré solo. Voy a que saquen los caballos. (SALE.)

ENTRA JULIANA.

JULIANA: Raimunda.

RAIMUNDA: ¿Qué?

JULIANA: Ha venido Norberto.

RAIMUNDA: No se habrá cruzado con el criado del tío Eusebio.

JULIANA: Dice que a lo lejos le vió llegar de la parte del río, pero se metió en el covalón y allí está hasta que el criado se vuelva para el Encinar.

RAIMUNDA: Pues mira si va ya de camino.

JULIANA: (EN VENTANA.) De aquí veo que ya dió la vuelta por el cruce de los caminos.

RAIMUNDA: Bien, trae a Norberto. Oye, espera. ¿Te ha dicho algo?

JULIANA: Sólo que medio pueblo fue a recibirlo cuando lo soltaron y que todos lo abrazaron y su padre está muy afectado.

RAIMUNDA: No, no podía haber sido él.

JULIANA: Claro que no. Pero tiene mucho miedo porque dicen que los hermanos de Faustino y las gentes de Encinar han jurado matarlo y que lo buscarán dondequiera que esté.

RAIMUNDA: Dios nos guarde. Mira, ¿sabes si Esteban ha tenido algún disgusto en el pueblo?

JULIANA: ¿Quién te lo ha dicho?

RAIMUNDA: No, nadie. Sólo que el Rubio se ha emborrachado...

JULIANA: Claro, ese sinberguenza. Algo estuvo hablando en la taberna y el amo lo sacó a empujones. Sabrá Dios que imprudencias diría.

RAIMUNDA: Bueno, ya Esteban le ha llamado la atención.

JULIANA: ¡Bah! Con él andaba en las caballerizas.

RAIMUNDA: Anda ve y trae a Norberto.

JULIANA SALE. RAIMUNDA VA A LA VENTANA, LUEGO CRUZA HACIA LA SALIDA DE LA CASA Y MIRA HACIA AFUERA. ENTRA DE NUEVO Y EN ESO ENTRA NORBERTO.

NORBERTO: ¡Tía Raimunda!

RAIMUNDA: ¡Norberto! ¡Hijo! Ven que te abrace.

NORBERTO: Lo que me he alegrado de que usted quisiera verme. Después de mi padre y de mi madre, en gloria esté, de nadie me acordaba como de usted. Tía, me han creído un criminal.

RAIMUNDA: Yo nunca he podido creerlo, aunque lo decían todos.

NORBERTO: Bien lo sé, y que usted ha sido la primera en defenderme. ¿Y Acacia?

RAIMUNDA: Está bien, pero con la tristeza del mundo en esta casa.

NORBERTO: ¡Decir que yo había matado a Faustino! ¡Y pensar que, si no puedo probar, como pude probarlo, lo que había hecho todo aquel día, si como lo tuve pensado, cojo la escopeta y me voy solo a tirar unos tiros y no puedo dar razón de donde estuve, porque nadie me hubiera visto, me echan a un presidio para toda la vida!

RAIMUNDA: ¡No llores, hombre!

NORBERTO: Si esto no es llorar, llantos los que tengo llorados entre aquellas cuatro paredes de una cárcel; que si me hubieran dicho a mí que tenía que ir allí algún día... Y lo malo no ha concluido. El tío Eusebio y sus hijos y todos los del Encinar sé que quieren matarme... No quien creerse de que yo soy inocente de la muerte de Faustino, tan cierto como mi madre está bajo tierra.

RAIMUNDA: Como nadie sabe quién ha sido. Como nada ha podido averiguarse... pues, ya se ve, ellos no se conforman... Tú, ¿de quién sospechas?

- NORBERTO: Demasiado que sospecho.
- RAIMUNDA: ¿Y no has dicho nada a la justicia?
- NORBERTO: Si no hubiera podido por menos para verme libre, lo hubiera dicho todo... Pero ya no ha habido necesidad de acusar a nadie... Así como así, si yo hablo... harían conmigo igual que hicieron con el otro.
- RAIMUNDA: Una venganza, ¿verdad? Tú crees que ha sido una venganza... ¿Y de quién piensas tú que puede haber sido? Quisiera saberlo, porque el tío Eusebio y Esteban tienen que tener los mismos enemigos; juntos han hecho siempre bueno y malo, y no puedo estar tranquila... Esa venganza tanto ha sido contra el tío Eusebio como en contra de nosotros; para estorbar que estuvieran más unidas las dos familias; pero pueden no contentarse con esto y otro día pueden hacer lo mismo con mi marido.
- NORBERTO: Por tío Esteban no pase usted cuidado.
- RAIMUNDA: Tú crees...
- NORBERTO: Yo no creo nada.
- RAIMUNDA: Vas a decirme todo lo que sepas. Además que, no sé por qué me parece que no eres tú solo el que sabe.
- NORBERTO: Pero no es que se haya sabido por mí... Ni tampoco puede saberse; es un runrún que anda por el pueblo no más. Por mí nada se sabe.
- RAIMUNDA: Por la gloria de tu madre, vas a decírmelo todo, Norberto.
- NORBERTO: No me haga usted hablar. Si yo no he querido hablar ni a la justicia... Y si hablo me matan, tan cierto que me matan.
- RAIMUNDA: Pero ¿quién puede matarle?
- NORBERTO: Los mismos que han matado a Faustino.
- RAIMUNDA: Pero ¿quién ha matado a Faustino? Alguien comprado para eso, ¿verdad? Esta mañana en la taberna hablaba el Rubio...
- NORBERTO: ¿Lo sabe usted?
- RAIMUNDA: Esteban lo ha dicho y fue a sacarle de allí para que no hablara...
- NORBERTO: Para que no le comprometiera.
- RAIMUNDA: ¡Eh! ¡Para que no le comprometiera!... Porque el Rubio estaba diciendo que él...
- NORBERTO: Que él era el amo de esta casa.
- RAIMUNDA: ¡El amo de esta casa! Porque el Rubio ha sido.
- NORBERTO: Sí, señora.
- RAIMUNDA: El que ha matado a Faustino...
- NORBERTO: Eso mismo.
- RAIMUNDA: ¡El Rubio! Ya lo sabía yo... ¿Y lo saben todos en el pueblo?
- NORBERTO: Si él mismo se va descubriendo; si donde llega empieza a enseñar dinero, billetes... Y esta mañana, como le cantaron la copla en su cara, se volvió contra todos y fué cuando avisaron a tío Esteban y le sacó a empujones de la taberna.
- RAIMUNDA: ¿La copla? Una copla que han sacado... Una copla que dice... ¿Cómo dice la copla?...

- NORBERTO: El que quiera a la del Soto, tiene pena de la vida. Por quererla quien la quiere le dicen la Malquerida.
- RAIMUNDA: Los del Soto somos nosotros, así nos dicen, en esta casa... Y la del Soto no puede ser otra que Acacia... ¡mi hija! Y esa copla... es la que cantan todos... Le dicen la Malquerida... ¿Y quién la quiere mal? ¿Quién puede querer mal a mi hija? La querías tú y la quería Faustino... Pero ¿quién otro puede quererla y por qué le dicen la Malquerida?... Ven acá... ¿Por qué dejaste tú de hablar con ella, si la querías? ¿Por qué? Vas a decírmelo todo.
- NORBERTO: No quiera usted perderme y perdernos a todos. Nada se ha sabido por mí; ni cuando me vi preso quise decir nada. Se ha sabido, yo no sé cómo, por el Rubio, por mi padre, que es la única persona que lo sabe. Mi padre sí quería hablarle a la justicia, y yo no le he dejado porque le matarían a él y me matarían a mí.
- RAIMUNDO: Dímele a mí todo... Yo te juro que para hartarte a ti, tendrán que matarme a mí antes. Pero ya ves que tiene que hacerse justicia, que mientras no se haga justicia el tío Eusebio y sus hijos van a perseguirte y de esos sí que no podrás escapar. A Faustino lo han matado para que no se casara con Acacia, y tú dejaste de hablar con ella para que no hicieran lo mismo contigo. ¿Verdad? Dímele todo.
- NORBERTO: A mí se me dijo que dejara de hablar con ella, porque había el compromiso de casarla con Faustino, que era cosa tratada de antemano con el tío Eusebio, y que si no me avenía a las buenas, sería por las malas, y que si decía algo de todo esto... pues que...
- RAIMUNDA: Te matarían. ¿no es eso? Y tú...
- NORBERTO: Yo me creí todo, y la verdad, tomé miedo, y para que Acacia se enfadara conmigo, pues empecé a cortejar a otra moza, que nada me importaba... Pero como luego supe que no era verdad, que ni el tío Eusebio ni Faustino tenían tratado cosa ninguna con tío Esteban... Y cuando mataron a Faustino... pues ya sabía yo por qué lo habían matado porque al pretender al a Acacia, ya no había razones que darle como a mí; porque al tío Eusebio no se le podía negar la boda de su hijo, y como no se le podía negar se hizo como que se consentía a todo, hasta que hicieron lo que hicieron, que aquí estaba yo, para achacarme la muerte. ¿Qué otro podía ser? El novio de la Acacia por celos... Bien urdío sí estaba. ¡Valga Dios que algún santo veló por mí aquel día! Y que el delito pesa tanto que él mismo viene a descubrirse.
- RAIMUNDA: ¡Quiere decirse que todo ello es verdad! ¡Que no sirve querer estar ciegos para no verlo!... Pero ¿qué venda tenía yo delante los ojos?... Y ahora todo como la luz de claro... Pero ¡quién pudiera seguir tan ciega!
- NORBERTO: ¿Dónde va usted?
- RAIMUNDA: ¿Lo sé yo? Voy sin sentido... Si es tan grande lo que me pasa, que parece que no me pasa nada. Mira tú, de todo ello, sólo me ha quedado la copla, esa copla de la Malquerida... ¡Acacia, Acacia, hija!... Ven acá.
- NORBERTO: ¡No la llame usted! ¡No se ponga usted así, que ella no tiene culpa!
- ACACIA: ¿Qué quiere usted, madre? ¡Norberto!
- RAIMUNDA: ¡Ven acá! ¡Mírame fijo a los ojos!
- ACACIA: Pero ¿qué le pasa a usted, madre?
- RAIMUNDA: ¡No, tú no puedes tener culpa!

ACACIA: Pero ¿qué le han dicho a usted, madre? ¿Qué le has dicho tú?

NORBERTO: Lo que saben ya todos. ¡La Malquerida! ¡Tú no sabes que anda en coplas tu honra!

ACACIA: ¡Mi honra! ¡No! ¡Eso no han podido decirsele a usted!

RAIMUNDA: No me ocultes nada. ¿Por qué no le has llamado nunca padre? ¿Por qué?

ACACIA: Porque no hay más que un padre; bien lo sabe usted. Y ese hombre no podía ser mi padre, porque yo le he odiado siempre desde que entró en esta casa, para traer el infierno consigo.

RAIMUNDA: Pues ahora vas a llamarle tú y vas a llamarle como yo te digo, padre... Tu padre, ¿entiendes? ¿Me has entendido?

ACACIA: ¿Quiere usted que vaya al campo santo a llamarle? Si no es el que está allí yo no tengo otro padre. Ese... es su marido, el que usted ha querido, y para mí no puede ser más que ese hombre, ese hombre, no sé llamarle de otra manera. Y si ya lo sabe usted todo no me atormente. ¡Que le prenda la justicia y que pague todo el mal que ha hecho!

RAIMUNDA: La muerte de Faustino, ¿quieres decir? Y hay más.

ACACIA: No, madre; si yo hubiera consentido no hubiera matado a Faustino. ¿Usted cree que yo no he sabido guardarme?

RAIMUNDA: ¿Y por qué has callado? ¿Por qué no me lo has dicho a mí todo?

ACACIA: ¿Y me hubiera usted creído a mí más que de ese hombre, si estaba usted ciega por él? Y ciega tenía usted que estar para no haberlo visto... Si delante de usted me comía con los ojos, si andaba tras mí a todas horas, ¿y quiere usted que le diga más? Le aborrezco tanto, que hubiera querido que anduviese más desatinado a ver si se le quitaba a usted la venda de los ojos, para que viera usted qué hombre es ése, el que me ha robado su cariño, el que usted ha querido tanto, más que quiso usted nunca a mi padre.

RAIMUNDA: ¡Eso no, hija!

ACACIA: Para que le aborreciera usted como yo le aborrezco, como me tiene mandado mi padre que le aborrezca, que muchas veces lo he oído como una voz del otro mundo.

RAIMUNDA: ¡Calla, hija, calla! Y ven aquí junto a tu madre, que ya no me queda más que tú en el mundo y ¡bendito Dios que aún puedo guardarte!

(ENTRA JULIANA.)

JULIANA: Raimunda.

RAIMUNDA: ¿Qué es Juliana?

JULIANA: Que no salga de aquí Norberto por ningún caso.

RAIMUNDA: ¿Pues luego...?

JULIANA: Están apostados los hijos del tío Eusebio con sus criados para salirle al encuentro.

NORBERTO: ¿Qué le decía yo a usted? ¿Lo está usted viendo? ¡Vienen a matarme!

RAIMUNDA: ¡Calle! Pero eso tiene que haber sido que alguien ha corrido a llamarles.

- JULIANA: El Rubio ha sido; que le he visto yo correrse por la linde del río hacia las tierras del tío Eusebio; el Rubio ha sido quien les ha dado el soplo.
- NORBERTO: ¿Qué le decía yo a usted? Para taparse ellos, quieren que los otros se maten, para que no haya más averiguaciones; que los otros se darán por contentos creyendo que han matado a quien mató a su hermano... Y me matarán, tía Raimunda, tan cierto que me matan... Son muchos contra uno, que yo no podré defenderme, que ni un mal cuchillo traigo, que no quiero llevar arma ninguna por no tumbar a un hombre, que quiero mejor que me maten antes que volverme a ver donde ya me he visto...
- RAIMUNDA: No tienes que tener miedo. Tendrán que matarme a mí antes, ya te lo he dicho... Entra ahí con Juliana y coge la escopeta... Aquí no se atreverán a entrar y si alguno se atreve, le tumbas sin miedo, sea quien sea. ¿Has entendido? Sea quien sea. No es menester que cerréis la puerta. Tú, aquí conmigo, hija. ¡Esteban!... ¡Esteban!... ¡Esteban!
- ACACIA: ¿Qué va usted a hacer? (ENTRA ESTEBAN.)
- ESTEBAN: ¿Qué me llamas?
- RAIMUNDA: Escucha bien. Aquí está Norberto, en tu casa; allí tienes apostado a los hijos del tío Eusebio para que lo maten; que ni eso eres tú hombre para hacerlo por tí y cara a cara.
- ESTEBAN: (HACIENDO INTENCION DE SACAR UN ARMA.) ¡Raimunda!
- ACACIA: ¡Madre!
- RAIMUNDA: ¡No, tú no! Llama al Rubio pa que nos mate a todos, que a todos tienen que matarnos para encubrir tu delito... ¡Asesino, asesino!
- ESTEBAN: ¡Tú estás loca!
- RAIMUNDA: Más loca tenía que estar; más loca estuve el día que entraste en esta casa, en mi casa, como un ladrón para robarme lo que más valía.
- ESTEBAN: Pero ¿puede saberse lo que estás diciendo?
- RAIMUNDA: Si yo no digo nada, si lo dicen todos, si lo dirá muy pronto la justicia, y si no quieres que sea ahora mismo, que no empiece yo a voces y lo sepan todos... Escucha bien; tú que los has traído, llévate a esos hombres que aguardan a un inocente para matarlo a traición. Norberto no saldrá de aquí más que conmigo, y para matarle a él tiene que matarme a mí... Para guardarle a él y para guardar a mi hija me basto yo sola, contra tí y contra todos los asesinos que tú pagues. ¡Yo sola con mi hija! ¡Mi hija, mi hija! ¿No sabías que era mi hija? ¡Aquí la tienes! ¡Mi hija! ¡La Malquerida! Pero aquí estoy yo para guardarla de tí, y hazte cuenta de que vive su padre... ¡Y para partírte el corazón si quisieras llegarle a ella! (TELON.)

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

7 de octubre de 1977

gms

1306492